

EL MITO DE SÍSIFO, UNA LECTURA PSICOANALÍTICA¹

*Nancy Verónica Lima*²

(licnancylima@gmail.com)

Fecha de Recepción: 20 de Mayo de 2019

Fecha de Aceptación: 10 de Julio de 2019

A lo largo de este artículo, trataré de mostrar dos lecturas del mito de Sísifo que permiten una articulación con conceptos psicoanalíticos tales como destino, repetición, culpa y masoquismo. La primera de ellas extraída del libro “Los mitos griegos” de Robert Graves me permitirá hacer una contraposición con la segunda lectura tomada del ensayo de Albert Camus “El mito de Sísifo”.

Veamos una versión abreviada del mito según Robert Graves (1985)

“Sísifo, hijo de Eolo, se casó con Mérope y poseía un excelente rebaño de vacas en Corinto. Cerca de él vivía Autólico, quien le robaba ganado mediante tretas de metamorfosis. Sísifo consigue probarlo y cuando acude a casa de Autólico con sus vecinos para acusarlo, aprovecha la ocasión para seducir a su hija, quien le dio como hijo de ese encuentro a Odiseo.

Sísifo fundó Corinto, y la pobló con hombres nacidos de hongos. Sus contemporáneos le consideraban el peor bribón del mundo y sólo le concedían que promovía el comercio y la navegación en Corinto.

A la muerte de su padre, su hermano Salmoneo usurpó el trono de Tesalía, Sísifo, que era heredero legítimo, consultó con el Oráculo de Delfos, que le dijo “Engendra hijos con tu sobrina, ellos te vengarán”. En consecuencia, sedujo a Tiro, hija de Salmoneo, la que, al descubrir la intención de venganza de Sísifo, mató a los dos hijos que le había dado. Sísifo fue entonces al mercado de Larisa, mostró los cadáveres, y acusó falsamente a Salmoneo de incesto y asesinato e hizo que lo desterraran de Tesalía.

Cuando Zeus raptó a Egina, el padre de ésta fue a Corinto a buscarla, preguntó a Sísifo por lo sucedido y éste, que lo sabía, no quiso revelarlo si no obtenía a cambio un manantial perenne en su ciudad. Obtuvo esto y contó lo que sabía.

¹ Artículo revisado y aprobado para su publicación el día 10 de Julio de 2019.

² Licenciada en Psicología y Maestranda en Psicoanálisis por la Universidad de Buenos Aires. Investigadora de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales y Docente adjunta de las asignaturas “Freud I” y “Freud 2”, dentro de la carrera de Psicología de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales.

Zeus, que logró escapar con dificultad a la venganza de este padre, ordenó a su hermano Hades (dios de los Infiernos) que llevaran a Sísifo al Tártaro (infierno) y le castigase por revelar secretos divinos, pero Sísifo astutamente apresó a Hades (en otras versiones se habla de Thanatos) con unas esposas con el pretexto de aprender cómo se usaban, y lo dejó encerrado en su casa, hasta que Ares (dios de la Guerra) lo liberó y puso a Sísifo en sus garras.

Pero Sísifo tenía otra treta en reserva. Antes de descender al Tártaro ordenó a su esposa Mérope que no lo enterrara y cuando llegó al Palacio de Hades fue directamente a ver a Perséfone (diosa griega, reina de los infiernos) y le dijo que como no había sido enterrado, no tenía derecho a estar allí, le pidió volver al mundo superior para arreglar su entierro y vengar su descuido, prometiendo volver en tres días. Pero tan pronto como Sísifo se encontró de nuevo bajo la luz del sol, faltó a la promesa hecha a Pérsefone. Por fin hubo que llamar a Hermes (mensajero de los dioses y guía de las almas en el camino al Infierno) para que lo llevase de vuelta por la fuerza.

Quizá porque había agraviado a Salmoneo, o porque había revelado el secreto de Zeus, o porque había vivido siempre del robo y asesinado con frecuencia a viajeros confiados, lo cierto es que se impuso a Sísifo un castigo ejemplar. Los Jueces de los Muertos le mostraron una piedra gigantesca y le ordenaron que la subiera a la cima de una colina y la dejara caer por la otra ladera. Pero nunca ha conseguido hacer eso. Tan pronto como está a punto de llegar a la cima le obliga a retroceder el peso de la desvergonzada piedra, que salta al fondo mismo una vez más. Él la vuelve a tomar cansadamente y tiene que reanudar la tarea, aunque el sudor baña el cuerpo y se alza una nube de polvo sobre su cabeza”. (Graves, 1985).

En este mito Sísifo es mostrado como un bribón, asesino, ladrón, extorsionador, delator, un personaje hábil en el engaño y no muy querido por sus pares. El nombre Sísifo significa “muy sabio”. Es interesante ver cómo se las arregla para salirse con la suya y escapar de los dioses que quieren castigarlo. De hecho, Sísifo encadena a la Muerte, podría pensarse que es capaz de eludir todos los problemas y dificultades que se le presenten. Entonces, cabe la pregunta de por qué acepta, luego de muerto, cumplir con el castigo impuesto por los Jueces de los Muertos, con la particular “repetición” que implica dicho castigo: subir la pesada piedra una y otra vez, sin llegar nunca a terminar la tarea. ¿Cómo explicar este sometimiento a tan gravosa penitencia cuando venía evitándolo en cada ocasión anterior?

Freud, en *Presentación autobiográfica*³ dice que, si había resultado desde siempre enigmática la tragedia de destino,

“(…) eso se pudo entender cuando se pudo asir allí una legalidad del acontecer anímico en su plena significación afectiva. El destino fatal y el oráculo no eran sino materializaciones de la necesidad interior: que el héroe pecara sin saberlo (habla de Edipo) y contra sus propósitos era, evidentemente, la expresión correcta de la naturaleza inconsciente de sus aspiraciones criminales” (Freud, 1996: p.59).

³ Freud, S.: *Presentación autobiográfica*. O.C., Tomo XX Buenos Aires.; A.E, 1996.

Edipo peca sin saberlo, Sísifo sabe bien de sus fechorías, sin embargo, no deja de cometerlas, hasta que de pronto se somete al castigo, que implica la repetición eterna de su sufrimiento.

Llegados a este punto, aventuro algunas articulaciones, tomando las concepciones freudianas del Destino, que lo vinculan con el superyó, en tanto figura última de la serie que parte de las imagos parentales. Sabemos que el lugar que ocupan en el sujeto el destino, Dios, los poderes de la naturaleza, etc., es el mismo, en tanto subrogados de las figuras parentales introyectadas al final del complejo de Edipo y asumidas por el superyó, quien ahora tiene a su cargo la protección y vigilancia del yo. Superyó dotado de la carga pulsional tanática que debido a las desexualizaciones identificatorias se desasíó en parte de la libido.

El yo reacciona con angustia frente a la pérdida del amor y protección del superyó –los poderes del destino como lo llama Freud en “Inhibición, síntoma y angustia”⁴. Pero las relaciones entre yo y superyó no son nada simples. La cara protectora, vertiente amigable del superyó puede asegurar al yo un resguardo frente al desamparo, pero frente a una nueva situación puede aparecer, mortificante, la cara gozosa del superyó, sometiendo al yo a sus designios, no sin la anuencia del masoquismo yoico que encuentra en esto su pareja de goce.

Se podría pensar que Sísifo se entrega a los poderes del destino que lo convocan a un goce masoquista, trabajo de la pulsión de muerte. La necesidad de castigo lo lleva a someterse a ese oscuro destino de repetición, el superyó subrogado del ello tanto como del mundo exterior, lo empuja al goce. Dice Freud en *El problema económico del masoquismo*:

“(…) es posible que en el masoquismo naufragase una buena parte de la conciencia moral. Por otra parte, este último crea la tentación de un obrar pecaminoso, que después tiene que ser expiado con los reproches de la conciencia moral sádica o con el castigo del destino, ese gran poder parental. Para provocar el castigo por parte de esta última subrogación de los progenitores, el masoquista se ve obligado a hacer cosas inapropiadas, a trabajar en contra de su propio beneficio, destruir las perspectivas que se le abren en el mundo real y eventualmente, aniquilar su propia existencia real”
(Freud, 1996: p.175).

Podríamos decir que Sísifo no dejó pecado sin cometer, cosa inapropiada por hacer, y la condición inconsciente del masoquismo se reveló en la necesidad de ser castigado más allá de la vida, por el poder del destino. Se somete a la sentencia de los Jueces de la Muerte y se entrega a una satisfacción de la pulsión de muerte, que encuentra en la repetición eterna una vía regia de realización. Es interesante en este mito que no sólo se repite un destino, sino que el destino mismo se vuelve repetición.

A partir de la postulación de la pulsión de muerte en 1920, Freud hace mención a la compulsión de destino, trabajando por cierto el concepto de compulsión a la repetición. Refiere la compulsión de destino a aquellos sujetos en los cuales toda relación humana termina en el mismo desenlace, hombres que son traicionados por el amigo, amantes cuya relación amorosa acaba siempre en desengaño, incluso menciona a una mujer que, casada tres veces, tuvo que cuidar en todas las ocasiones al marido que enfermó y murió. Respecto de este caso Freud no deja de mencionar la sorpresa que genera el vivenciar “pasivo” de este destino que insiste en repetirse.

⁴ Freud, S.: *Inhibición, síntoma y angustia*. O.C., Tomo XX. Buenos Aires; A.E., 1996.

Compulsión que puede apreciarse en casi todo análisis y que lleva a interrogar ese “eterno retorno de lo igual” que Freud describe parafraseando a Nietzsche en “Más allá del Principio del Placer”. Repetición que tiene a la pulsión de muerte como motor de esa compulsión y que en tanto “no ligada” como explica el padre del psicoanálisis, se vincula con un punto de falta solidario de la castración estructural.

Presento ahora otra lectura, muy diferente, del mismo mito. En esta ocasión se trata de la versión de Camus⁵:

“Los dioses habían condenado a Sísifo a rodar una roca hasta la cima de una montaña desde donde la piedra volvía a caer por su propio peso. Habían pensado con algún fundamento que no hay castigo más terrible que el trabajo inútil y sin esperanza. Si se ha de creer a Homero, Sísifo era el más sabio y prudente de los mortales. No obstante, según otra tradición, se inclinaba al oficio de bandido. No veo en ello contradicción. Difieren las opiniones sobre los motivos que lo convirtieron en un trabajador inútil en los infiernos. Se le reprocha, ante todo, alguna ligereza con los dioses. Reveló sus secretos. Egina, hija de Asopo, fue raptada por Júpiter (Zeus). Al padre le asombró esa desaparición y se quejó a Sísifo. Éste que conocía el rapto, se ofreció a informar sobre él a Asopo con la condición de que diese agua a la ciudadela de Corinto. Prefirió la bendición del agua a los rayos celestes. Por ello le castigaron enviándole al infierno. Homero nos cuenta también que Sísifo había encadenado a la Muerte. Plutón (Hades) no pudo soportar el espectáculo de su imperio desierto y silencioso. Envió al dios de la guerra, quien liberó a la Muerte de manos de su vencedor”.

“Se dice también que Sísifo, cuando estaba a punto de morir, quiso imprudentemente poner a prueba el amor de su esposa. Le ordenó que arrojara su cuerpo sin sepultura en medio de la plaza pública. Sísifo se encontró en los infiernos y allí, irritado por una obediencia tan contraria al amor humano, obtuvo de Plutón el permiso para volver a la tierra con objeto de castigar a su esposa. Pero cuando volvió a ver este mundo, a gustar del agua y el sol, de las piedras cálidas y el mar, ya no quiso volver a la sombra infernal. Los llamamientos, las iras y las advertencias no sirvieron para nada. Vivió muchos años más ante la curva del golfo. Fue necesario un decreto de los dioses. Mercurio (Hermes) bajó a la tierra a coger al audaz por el cuello, le apartó de sus goces y le llevó por la fuerza a los infiernos, donde ya estaba preparada su roca” (Freud, 1996: p.59).

Se trata sin duda de una versión bastante distinta. Nos encontramos con Sísifo menos culpable, casi víctima del capricho de los dioses. Camus lo describe como el más sabio y prudente de los hombres, cuenta sus hazañas, que en otra versión son acciones malintencionadas y hasta criminales, aquí como motivadas por nobles intereses o buenos deseos. ¿Cómo es pensado en esta versión el destino que le toca a Sísifo?

“Se ha comprendido ya que Sísifo es el héroe absurdo. Lo es tanto por sus pasiones como por su tormento. Su desprecio a los dioses, su odio a la muerte y su apasionamiento por la vida le valieron ese suplicio indecible.” “Si este mito es trágico lo es porque su protagonista tiene conciencia. ¿En

⁵ Camus, A.: *El mito de Sísifo*. Madrid; Alianza Editorial, 1985.

qué consistiría su castigo si a cada paso le sostuviera la esperanza de conseguir su propósito?” (Camus, 1985: p.60).

Podemos pensar en términos nietzscheanos que no hay horror si no hay conciencia de la repetición.

El obrero actual trabaja durante todos los días de su vida en las mismas tareas y ese destino no es menos absurdo. Pero es trágico sino en los raros momentos en que se hace consciente. No hay destino que no se venza con el desprecio. Por lo tanto, si el descenso se hace algunos días con dolor, puede hacerse también con alegría (Camus, 1985: p.60).

Antes de continuar con esta versión de Camus, quiero aclarar qué es lo que este autor define como absurdo, dice: “lo absurdo que es el estado metafísico del hombre consciente, no lleva a Dios, es el pecado sin Dios” (Camus, 1985, p.22).

“Lo absurdo surge de la comparación entre un estado de hecho y cierta realidad, entre una acción y el mundo que la supera. Lo absurdo es esencialmente un divorcio. No está ni en el uno ni en el otro de los elementos comparados. Nace de la confrontación...lo absurdo no está ni en el hombre ni en el mundo, sino en su presencia común...Es el divorcio entre el espíritu que desea y el mundo que decepciona, mi nostalgia de unidad, el universo disperso y la contracción que los encadena...Se trata de vivir y pensar con esos desgarramientos” (Camus, 1985: p.27).

Lo que Camus plantea como confrontación, o también como lucha incesante, supone la ausencia de toda esperanza, considera la esperanza como de esencia religiosa, por ejemplo, en la esperanza cristiana de otra vida, para quienes la muerte no es un final. Haciendo un cierto salto teórico podría decirse que este autor, en términos más filosóficos, se acerca al planteo psicoanalítico que hace del no encuentro posible entre sujeto y objeto centro de su dialéctica. No hay unidad, hay falta, Camus habla de desgarramientos, diríamos hay castración.

Del hombre absurdo dice que es aquel que “se exige a sí mismo vivir solamente con lo que sabe, arreglárselas con lo que es y no hacer que intervenga nada que no sea cierto...quiere saber si es posible vivir sin apelación” (Camus, 1985: p.28). No hay Otro que garantice.

Como dijimos, Camus –que hace del destino un asunto humano- ubica a Sísifo como el héroe absurdo, dice:

“Toda la alegría silenciosa de Sísifo consiste en eso. Su destino le pertenece. Su roca es su cosa. Del mismo modo, el hombre absurdo, cuando contempla su tormento, hace callar a todos sus ídolos...En ese instante sutil en que el hombre vuelve sobre su vida, como Sísifo vuelve hacia su roca, en ese ligero giro, contempla esa serie de actos desvinculados que se convierte en su destino, creado por él, unido bajo la mirada de su memoria y pronto sellado por su muerte. Así, persuadido del origen enteramente humano de todo lo que es humano, ciego que desea ver y que sabe que la noche no tiene fin, está siempre en marcha. La roca sigue rodando” (Camus, 1985: p.61).

Como vemos la lectura de este Sísifo es distinta, señala una negación de los dioses y al destino como algo que depende del sujeto mismo, como un asunto humano, contradictorio y absurdo, pero que “debe ser

arreglado entre los hombres” (Camus, 1985: p.60). Leo en esto una referencia a la responsabilidad subjetiva. Y es en este punto donde vuelvo a Freud.

Me gustaría articular la concepción de destino que encontramos en Freud con lo referido más arriba, para ello elegí algunos párrafos de “El porvenir de una ilusión”⁶, texto en el cual se intenta explicar el origen y el significado de las representaciones religiosas. Tomaré algunos pasajes que condensan la idea a destacar:

“Ya sabemos que la impresión terrorífica que provoca al niño su desvalimiento ha despertado la necesidad de protección de amor –proveída por el padre; y el conocimiento de que ese desamparo duraría toda la vida causó la creencia en que existía un padre, pero uno mucho más poderoso. El reinado de una providencia divina bondadosa calma la angustia frente a los peligros de la vida”. (Freud, 1996: p.30)

“(…) el desvalimiento de los seres humanos permanece, y con él su añoranza del padre, y los dioses. Estos retienen su triple misión: desterrar los terrores de la naturaleza, reconciliar con la crueldad del destino, en particular como se presenta en la muerte, y resarcir por las penas y privaciones que la convivencia cultural impone al hombre...Pero en lo que atañe a la distribución de los destinos, subsistirá una vislumbre desasosegante: el desvalimiento y el desconcierto del género humano son irremediables. Es sobretodo aquí donde fracasan los dioses; el pueblo más dotado de la Antigüedad entrevió la intelección de que la Moira está por encima de los dioses y ellos mismos tienen su destino”. (Freud, 1996: p.18)

Aquí reencontramos al destino como subrogado de la pareja parental y la relación particular que el sujeto tiene con él. La necesidad de un superyó bondadoso que proteja y de Otro que garantice. Es la propuesta del final de este texto freudiano la que me parece muy interesante para pensar estos temas y la práctica del psicoanálisis con cada sujeto singular que recibimos.

“Evidentemente, el hombre se encontrará así en una difícil situación: tendrá que confesarse su total desvalimiento, su nimiedad dentro de la fábrica del universo; dejará de ser el centro de la creación, el objeto de los tiernos cuidados de la Providencia bondadosa. Se hallará en la misma situación que el niño que ha abandonado la casa paterna, en la que reinaba tanta calidez y bienestar. Pero ¿no es verdad que el infantilismo está destinado a ser superado? El hombre no puede permanecer eternamente niño; a la postre tiene que lanzarse fuera, a la vida hostil...ya es algo saber que uno tiene que contar con sus propias fuerzas, entonces se aprende a usarlas correctamente...” (Freud, 1996: p.48).

Esta idea sugiere lo que considero un logro al final de un análisis, y es que el sujeto se haga responsable de su destino, y no depositando en una alteridad la garantía que le permita aventurarse en su deseo. Freud concluye el texto con palabras que me recuerdan mucho a las expresadas por Camus en la obra citada, dice así: “Perdiendo sus esperanzas en el más allá, y concentrando en la vida terrenal todas las fuerzas así liberadas, logrará probablemente, que la vida se vuelva soportable para todos y la cultura no sofoque a nadie más” (Freud, 1996: p.49).

⁶ Freud, S.: *El porvenir de una ilusión*. Buenos Aires; A.E, 1996. O.C., Tomo XXI.

¿Podríamos ver en el Sísifo de Graves a un pobre neurótico cargando la piedra de su destino, en una repetición eterna del sufrimiento, sometido a un goce que lo retiene en una posición masoquista? ¿Y diríamos que el Sísifo que nos presenta Camus se asemeja más a un sujeto analizado, que se hace cargo de su destino como algo propio y puede elegir hasta vivirlo con alegría?

Referencias

1. Graves, R. (1985): *Los mitos griegos*. Madrid. Alianza Editorial. Tomo I.
2. Camus, A. (1985): *El mito de Sísifo*. Madrid. Alianza Editorial.
3. Freud, S. (1996): *El problema económico del masoquismo*. En Obras Completas, Tomo XIX. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
4. Freud, S. (1996): *Presentación autobiográfica*. En O.C., Tomo XX Buenos Aires. A.E.
5. Freud, S. (1993): *Más allá del principio del placer*. En O.C., Tomo XVIII. Buenos Aires. A.E.
6. Freud, S. (1996): *El yo y el ello*. En O.C., Tomo XIX Buenos Aires. A.E.
7. Freud, S. (1996): *El porvenir de una ilusión*. En O.C., Tomo XXI Buenos Aires. A.E.
8. Freud, S. (1996): *El malestar en la cultura*. En O.C., Tomo XXI. Buenos Aires. A.E.
9. Freud, S. (1993): *Psicología de las masas y análisis del yo*. En O.C., Tomo XVIII. Buenos Aires. A.E.
10. Freud, S. (1996): *Inhibición, síntoma y angustia*. En O.C., Tomo XX. Buenos Aires. A.E.